

LA TERTULIA.

Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.



10 CTS.

DOMINGO 6 DE JUNIO DE 1852.



Medicina.

Hidrofobia.—El siguiente extracto de un papel muy interesante, que se halla en el segundo tomo del *Diario de los progresos de las ciencias e instituciones médicas*, está sacado del diario de los señores Hufeland y Osann. El doctor Urban está convencido por sus numerosas observaciones de que el *virus hidrofóbico*, cualesquiera que sean sus efectos en el sistema de la organizacion animal, puede quedar en una herida, sin ser absorbido, por espacio de muchos años, y conservar durante este tiempo toda su fuerza ponzoñosa. Sin embargo, cierta disposicion en el sistema es necesaria para el desarrollo de dicha fuerza.

Muchas personas mordidas por animales escapan con felicidad; y aun entre aquellos que son víctimas, los efectos de la mordedura algunas veces, aunque no muchas, no se manifiestan sino despues de muchos años. No es necesario describir los trámites de esta enfermedad, pues por desgracia ha habido

no pocas ocasiones de examinarla. Una de las mas tristes y mas importantes circunstancias que tiene relacion con su historia es su frecuencia, que cada dia se aumenta sin que se pueda dudar del hecho.

Cuando en otro tiempo nuestros maestros nos hacian la relacion de la muerte de una dama de resultas de la mordedura, ó por mejor decir de un rasguño de un perro faldero, la oiamos como un suceso maravilloso, alegrándonos de que ya el caso hubiese sucedido, y pensando que la rabia era una enfermedad en que jamás tendríamos que ocuparnos. En todos los casos que se presentaron á Mr. Urban, siempre observó al rededor de la herida una ó mas pústulas del tamaño de un grano de mostaza, y alguna vez de un guisante, llenas de una linfa de un color rojizo azulado, cuya linfa se notó que tenia todas las propiedades del virus hidrofóbico.

El mismo Mr. Urban opina que este virus, difundiéndose en la parte mordida ó al rededor de ella, no queda de manera alguna absorbido en el sistema, y está firmemente

convencido de que la parte puede inflamarse y cubrirse de pústulas solamente por obra del miedo, falta de arreglo en el régimen, ó algun fuerte arrebató de cólera ó pesadumbre. Estas pústulas ó flictenas, como técnicamente se llaman, son efectivamente depósitos ó puntos céntricos del virus. Mr. Urban jamas las observó debajo de la lengua, probablemente porque previno su formacion por medio de su método de curacion; el cual, siendo el resultado de la observacion en mas de cuarenta casos, merece publicarse. Lo hallamos muy recomendado y lo presentaremos en cuanto nos sea posible con las mismas palabras con que está espuesto en la obra que hemos citado al principio de este artículo.

Primero.—Lávese bien la parte mordida con leche caliente y tan acidulada como se pueda, porque el virus hidrofóbico tiene propiedades alcalinas, como lo prueba la circunstancia de volver los vegetales de color azul verdoso, observacion hecha por el doctor Urban con respecto al virus de los animales pequeños.

Segundo.—Póngase el miembro mordido en agua salada muy caliente; y si esto no fuese posible déjese bien cubierto con esponja ó lienzo empapado en dicha agua, tanto para lavar la herida como para ablandar la piel y facilitar las ulteriores aplicaciones.

Tercero.—Se aplicarán vento-

sas en el parage de la herida, y se continuarán por espacio de dos días siempre calientes, y se renovarán hasta que aparezca en la piel una exsudacion de sangre y serosidad. Donde no puedan aplicarse ventosas se zajarà la herida en todas direcciones con el objeto de dejar descubiertas las partes mas ocultas, estrujándola luego hasta que quede perfectamente seca.

Cuarto.—Se aplicará entonces sobre la herida un cabezal muy doble mojado en alguna disolucion salina, el que se asegurará con una venda. Esto se repetirá donde quiera que se note el mas pequeño indicio de herida, y aun la sola señal del diente, aunque no esté rota la piel. La sal comun por su tendencia á la humedad es preferible á todas las demas: una onza ú onza y media se disuelve en dos cuartillos de leche ó de agua, y se añaden unas pocas hojas de cicuta ó de nuez, procurando que la confianza del paciente, con la cual se debe contar mucho, no se debilite en vista de la sencillez de los remedios. La eleccion de los artículos usados para esto es de poca consecuencia; pero lo que importa es tener la herida continuamente mojada. Para el efecto debe cuidarse no solo de renovar y empapar dos veces al día el cabezal, sino que debe encargarse al paciente que le humedezca con agua de sal cada dos horas.

Quinto.—El doctor Urban cree que la cura de mordeduras hecha

con este método podrá realizarse en quince días ó tres semanas.

Sesto.—Convendrá mucho insistir en que el paciente tenga gran cuidado con la parte mordida para avisar al facultativo en cuanto note picazon ó dolor, á fin de que se pueda acudir en tiempo á contener los progresos del mal. El señor Urban, cuando se aumenta la rubicundez y el dolor, observa si se advierte un tumor con un círculo rojo al rededor y algunas vejiguillas. Este fenómeno, el cual frecuentemente se verifica entre el séptimo y undécimo día de la cura, no requiere otro cuidado mas que el de continuar el método, exceptuando que si hay vejiguillas se abrirán y lavarán perfectamente. Mr. Urban dá tanta importancia á aquella parte de la conducta del paciente relativa á lavar la herida, que por escrito exige la promesa. Tambien añade que todo perro desconocido que muerde al pasar de largo, debe considerarse como rabioso. Acerca del método antiguo de atar inmediatamente el miembro herido, es muy problemático su efecto, pues se pregunta si una constriccion tan fuerte de los vasos puede ó no facilitar la absorcion del virus?

Islas de Sandwich.

Retrato de la reina:—Se lee en la relacion del viaje que en los años de 1823 á 1826 hizo al rededor del

mundo Otto de Kotzebue, que dicho viagero se hallaba en Woahéa, la mas hermosa de ellas, cuando llegaron en la fragata la *Blonda* los restos de Tamahamaha, rey de dichas islas, que murió en Inglaterra. Fué general el duelo, y las dos reinas manifestaron el mayor sentimiento. Revestidas ambas de la autoridad suprema para gobernarlas, continuaban protegiendo los trabajos de los misioneros, y desarrollando los gérmenes de la civilizacion entre los pueblos confiados á sus cuidados. Kahumanna, la una de ellas, se aplica mas á gobernar, mientras la otra viuda Nomahanna se ha declarado protectora de las ciencias y de su propagacion. Las muchas visitas que Mr. Kotzebue hizo á esta reina, le proporcionaron la oportunidad de hacer su retrato y dar algunos pormenores sobre sus costumbres. En una de estas visitas vi, dice el viagero, á Nomahanna tendida boca abajo en medio de la sala sobre unas esteras finas, vuelta la cabeza hácia la puerta y apoyado el codo en una almohada de seda. Sentadas á su lado con las piernas cruzadas, dos jóvenes ligeramente vestidas espantaban las moscas con dos plumeros. La reina, que aun no parecia tener 40 años, era una muger de 6 pies y dos pulgadas de estatura, y mas de 7 pies y 6 pulgadas de circunferencia: tenia puesto un traje de seda azul á la antigua; y de sus negros cabellos formaba un moño sobre su cabeza, redonda

como una bala; una nariz chata y unos labios gruesos y sacados no la hacian por cierto hermosa; pero su aspecto no dejaba de ser agradable. En otra visita la encontró comiendo, tendida en el suelo sobre su enorme vientre frente de un gran espejo; tenia á su rededor una porcion de platos de porcelana, colocados en semicírculo, y que presentados por los criados uno tras otro, todos se los iba devorando la señora reina. Es increíble lo que comió, y seguramente habia bastante, dice el viagero, para saciar á seis hombres. Cuando dijo *basta*, respiró con mucha dificultad dos ó tres veces, y exclamó: «Vaya, que he comido soberbiamente.» Habiéndose en seguida colocado boca arriba con la ayuda de los sirvientes, hizo una seña con la mano á una especie de granadero, que con las manos y las rodillas la sobó y amasó sin misericordia como si fuera una pasta, todo ello para favorecer la digestion. Despues de haber dado algunos gemidos para aquella operacion tan recia, y haber tomado algun aliento, mandó que la volbiesen al otro lado, y se puso á comer como si no hubiera tomado un bocado.

Extracto de una carta de dicha reina á Mr. Kotzebue.—Le amo á usted de todo mi corazon y mas que á mí misma, y no puedo explicar el placer que tengo en volverle á ver. Encontrará usted bien cambiadas todas las cosas de este pais; con la muerte del rey todas las flores se

han marchitado, y todo ha caído en confusion. El gefe que hace las veces del jóven rey, que está en Londres, no puede mandar á usted tantos ñames y cerdos como usted necesita. Si no estuvieran tan léjos mis vastos dominios de las islas Morawée, recibiria usted diariamente muchos marranos. No se olvide usted de recomendarme á sus compatriotas. Siendo yo cristiana como usted, escusará mi mala letra. El hambre no me deja seguir, y deseo que coma usted su cabeza de cerdo con tanto apetito como yo. Soy con una constancia real toda de vd. &c.

EL ROTO.

ROMANCE.

Chicas, y tú mi lucero,
atencion, que en mi guitarra
suenan la jota navarra,
y canto como un gilguero.

En la ciudad de Vitoria
y su gran plaza de toros,
donde lucen de Canuto
los aereostáticos globos,
dio en las fiestas de la Blanca
mucho susto y mucho gozo
un aficionado á vacas,
que era el mas majo de todos.
Despues que los fuertes hijos
del Zapardiel con asombro
del numeroso concurso
alancearon los toros;
despues que chulos y espada

nombre alcanzaron famoso
de la sal de la chulada
y del estoque roñoso;
despues que el toro postrero
regó el circo polvoroso
de espuma y sangre, y muriendo
alzó aun soberbio los ojos;
despues que gallardas mulas
con sus jaecces vistosos
arrastraron arrogantes
sus tomerarios despojos,
como el relámpago viva
y mas ligera que el soplo,
sale del toril bufando
una reina de los toros.
Embiste, derriba, huella,
cae, se levanta, y su arroj
es mas feroz y terrible,
y los valientes son pocos.
Uno entre ellos sobresale
como entre espinos el olmo,
como en la aldea la torre,
como en las bodas el novio.

Dos veces le esgrimo el cuerno,
dos veces lo salva airoso:
brama y escarba la llera
al ver burlado su enojo.
Frente á frente la esperaba....
cuando mira á don Teodoro,
que á su querida Manuela
tierno decia piropos.

La picara le escuchaba
con benignísimo rostro,
dicen que por darle celos;
porque es muger, dicen otros.
Tal como quien ve visiones,
ó el panal comiendo al oso,
de aquel par de mirabeles
el cuadro contempla absorto.
Cruza los brazos: no piensa

en que debe al sastre cojo,
ni si hay vacas en el mundo;
se queja sí de este modo:—
«¿Se habrá olvidado esa ingrata
de la cinta de su moño?
¿de la sortija de pelo?
¿de tanta fruta y cochocho?
¡Prendas de mi amor!—¡Ay, corre!
¡Ay, que te coge! ¿Estás loco?»
le grita la muchedumbre
doblando el ay clamoroso.
Vivas y alegres palmadas
suceden al ay, tan pronto
como fué dar la cornada
y despabilarse el mozo.
Nada de sangre chorrea,
ni ménos sale el mondongo;
sanos se encuentran sus miembros,
solo el vestido lo ha roto.
La vaca tiene á dos varas
que le mira de reajo,
y otra vez *enmanuelado*
vuelve á quedarse hecho un bobo.

Su mas amigo está cerca
si necesita socorro,
y en la ocasion y el peligro
lo deja este amigo solo.
¡Ay que se lanza cual rayo
el animal muy furioso!
¡Ay que se coba en el triste
con cuernos, testuz y morro!
¡Ay que le ha muerto!... Manuela,
de nada sirve tu lloro.
¡Pobre chico!... ¡suya! ¡suya!
grita un corro de ocho ronc
Ya está libre nuestro jaque;
si el pantalon le ha hecho polvo,
¿qué importa, siendo aplaudido
y alzado en triunfo en los hombros?
Blancos pañuelos ondean

en manos del sexo hermoso:
húndese la plaza á vivas,
y vivas retumba el bombo.
¡Cuán dulcemente espresiva
le echa Manuela los ojos!
Gloria, amor y nombradía:
¡oh rico premio del Roto!

TEATRO PRINCIPAL.

Quien hubiera visto el sábado de la semana pasada al señor Rodés en *El hombre de mundo*, desempeñando el papel de don Luis, seguramente hubiera creído que era otro actor que el que había trabajado en la zarzuela *El sol de Salamanca*; tan cierto es que un actor de mérito puede parecer malo siempre que sale de su verdadera cuerda, ó siempre que trabaja en otro género que el que le corresponde. En *El hombre de mundo* encontrábamos al buen actor, porque allí estaba en su elemento el director de la compañía. Su naturalidad, sus buenos modales y su inteligencia le hacen muy apropiado para esta clase de papeles; aquí no se necesita voz como en las zarzuelas y aun como en los dramas fuertes para declamar, y hé aquí porque está en su elemento el señor Rodés, que si siempre se limitara á las comedias de costumbres, recogería buenos laureles, que es lástima marchite

trabajando en las zarzuelas.

El papel de don Luis lo hemos visto desempeñado por los primeros actores de España, y sin embargo nada había que nos chocara en el señor Rodés; lo comprendió perfectamente y lo ejecutó con maestría, y cuenta que es uno de aquellos papeles de gran dificultad, porque se necesita en el actor gran inteligencia para espresar la intencion doble que en muchos casos se revelan en las palabras del protagonista. Francamente lo decimos, nos agradó el señor Rodés, y dió pruebas de que posee prendas de un buen actor; si bien su voz algo apagada le perjudica en algunos momentos. También en la *Ausencia* estuvo feliz, así como la señora Torral; y ¿por qué? porque ejecutaba un papel que estaba en su cuerda.

Ambos actores recibiero del público muestras del placer con que los oía, haciéndoles en ello justicia, y probando de esta suerte que á los mismos que ayer escuchó con disgusto los premia hoy con aplausos, si á ello se han hecho acreedores.

Gracias á la empresa de este teatro tuvimos el gusto de oír al distinguido flautista español señor Rivas, cuya fama no supera en nada á la habilidad que posee en uno de los mas dulces instrumentos. Este artista juega, por decirlo así, con la flauta. No sabemos qué admirar mas en él, si la excelente ejecucion ó el gusto esquisito con que toca. La em-

bocadura no nos pareció la mejor, sin que quiera decir esto que fuera mala. Era mas suave la del señor Malavasi.

Hizo el señor Rivas cosas admirables tocando unas variaciones sobre el bolero, pero no tuvo la mejor eleccion en lo que tocó; y tal vez por esta razon no se entusiasmó mucho el público, que hubiera preferido piezas de menos ejecucion y de mas grata canturía. Para agradar al público no basta el gran mérito, es preciso ademas tino en la eleccion de lo que se ejecute. De ello tenemos una prueba muy reciente en la representacion del *Quevedo* por el señor Valero. ¿Quién niega, ni puede negar, las altas dotes que como actor posee, y la admirable ejecucion del referido drama? Y sin embargo ¿cómo fué que á la conclusion no fué llamado á la escena, cuando suelen ser llamados á ella actores muy adocenados? Por que el *Quevedo* no es apropósito para entusiasmar, ni á la multitud ni á las personas de buen gusto.

Volviendo al señor Rivas debemos decir que una de las cosas que mas admiracion causaron, fué el modo de sostener largo tiempo una nota, y el de dar el fuerte y piano, ó ese claro-oscuro, sin el cual no hay efecto en la música.

En suma, el señor Rivas posee el instrumento hasta la perfeccion, y apesar de la prevencion que á su favor teniamos no dejó de admirarnos. Aplaudiéronle varias veces, y

llamáronle á la escena á la conclusion de cada pieza que tocó.

Acompáñale en el piano Miss Scott, niña de diez á once años, que llamó la atencion, no tan solo por la ejecucion, superior á lo que era de esperar de su edad, sino tambien por la firmeza y aplomo con que tocaba, como podia hacerlo un profesor muy versado en la música y muy conocedor del instrumento que maneja.

El público la colmó de aplausos y la llamó repetidas veces con entusiasmo á la escena, donde se presentaba siempre á saludar con la gracia y cortedad propias de sus pocos años.

Miscelánea.

Hombre que huele á ambar.—El doctor Esperanza, de Parma, ha presentado á la academia de Turin sus observaciones sobre un hombre cuyo brazo izquierdo exhalaba un olor de ambar ó de jazmin. Las emanaciones odoríferas eran algunas veces tan fuertes, que se percibian en toda la estension de la gran sala en donde el doctor hacia sus observaciones sobre el brazo de dicho individuo, á quien sospechó de charlatan, hasta que las mas eficaces y diferentes pruebas le hicieron reconocer por verídico. Este hombre tenia 34 años, era de una constitucion robusta, y siempre habia go-

zado de perfecta salud; pero habiendo sido atacado de unas calenturas biliosas, y sanado despues de seis meses de enfermedad, desapareció el fenómeno odorífero.

Saca dineros.—Un viajero ha dejado entre sus papeles un curioso libro de memoria dividido en diferentes secciones. En la que intitula *Arbitrios para ganar la vida*, se lee lo siguiente.—En Lóndres en una calle poco aseada cerca de *Queen-Street*, un charlatan vestido á lo mameluco me arrancó dos guineas por enseñarme un mono astrólogo que entendia tambien de música. En Madrid alojé cinco reales de vellon en la calle de los Peligros á una compañía de estudiantes que divertia al auditorio haciendo gestos. En Paris en la *rue de la Perle* una madama vestida á lo tarasca con turbante griego y pompon ruso agotó mi bolsa con una *rifa mágica*. Todos los efectos de su almacén, desde el juguete mas pequeño hasta el traje de mas valor, estaban numerados; y exhibiendo cada hijo de vecino cinco francos, tenia derecho á meter la mano en un saco, donde estaban los números correspondientes á los efectos marcados. Pareciome ventajoso el partido; pero desgraciadamente nunca me tocaron á mí y á otros jugadores otros muebles que los que podian comprarse con uno ó dos francos. La fortuna de las cosas de mas

valor parecia estar encantada dentro del misterioso saco. ¡Si habria trampa! Sea lo que fuese, el modo de estafar me pareció ingenioso y digno de apuntarse para la historia de mis viages.

Curacion muy particular de hidropesia.—Entraba en Burdeos un pobre enfermo hidrópico, y su abdomen dió que recelar á los guardas de la aduana; y no obstante sus vivas reclamaciones, uno de ellos se arriesgó á darle un pinchazo con la sonda en mitad de la barriga, creyendo que no podia ménos de ocultar alguna bota de vino; pero no salió tal licor, sino agua. El pobre enfermo empezó á gritar: ¡*Al asesino!* ¡*al asesino!* Desmayóse, y el susto, combinado con la enfermedad, produjo el que á los dos dias se le declarase curado radicalmente.



Z. 61000

CADIZ: 1852.

Imprenta á cargo de don Manuel Sanchez del Arco, calle del Calvario, n.º 126.